

A: Déjame contarte nuevamente la historia de Thais, especialmente para aquellos que nunca la escucharon. “En el siglo IV, una joven muy hermosa llamada Thais vivía... como prostituta. El santo obispo San Pafnacio decidió tratar de convertirla, por lo que se dirigió a ella disfrazado, haciéndose pasar por un cliente. Ella le mostró una habitación, pero él pidió una más aislada, para que no hubiera interrupciones. Thais lo llevó a una habitación diferente, pero él todavía estaba insatisfecho, por lo que ella lo tranquilizó: "Nadie puede vernos ni escucharnos". Pafnacio preguntó: "¿Y qué hay de Dios? ¿No hay ningún lugar donde podamos escapar de Su ojo que todo lo ve?" Conmociónada por estas palabras, Thais admitió con miedo: "Ay, no" y entre lágrimas se arrojó a los pies de, Pafnacio quien ahora entendía que había sido enviado por el Señor. El obispo entonces le habló muy poderosamente acerca de la presencia de Dios, y después de que Thais hubo confesado sus pecados, se fue al desierto, donde pasó el resto de su vida en penitencia (y por lo tanto, ahora se la conoce como Sta. Thais)” (Fr. Joseph Esper, *Saintly Solutions to Life's*

Common Problems, 229).

N: Todos hemos cometido pecados en los que, en sentido figurado o literal, cerramos la puerta y no queríamos que nadie lo vea: hacer trampa en impuestos, exámenes, currículums, al cruzar la frontera; cosas que sucedieron en fiestas, en estado de embriaguez o a altas horas de la noche. Pregunta: ¿Cuáles son los pecados de los que esperamos que nadie se entere? Más importante aún, ¿cuáles son los pecados que deseáramos que fueran borrados para siempre?

S: Es razonable creer que Zaqueo también estaba muy consciente de sus

pecados. “Jesús entró en Jericó cuando iba de pasada. Había allí un hombre llamado Zaqueo; era jefe de los recaudadores de impuestos y era rico. Estaba tratando de ver a Jesús...” (Lucas 19:1-3). Un recaudador de impuestos era una persona judía que traicionó a su pueblo recaudando impuestos para los romanos y, al indicar que él es el 'jefe' y 'rico', la implicación es que Zaqueo es el peor.

- Pero 'él estaba tratando de ver a Jesús', presumiblemente porque su corazón estaba apesadumbrado—esta es la primera realidad positiva de hoy. Como dijimos la semana pasada, la culpa saludable es un regalo, una señal de que el Espíritu Santo está obrando en nosotros y el Espíritu Santo dice: “No huyas de Jesús. Corre hacia Él”.

“Pero a causa de la multitud no podía [ver a Jesús], porque era de baja estatura. Así que corrió adelante y se subió a un sicómoro para ver a Jesús, porque iba a pasar por allí” (19:3-4). Esta es la segunda realidad positiva: ¡el gesto de correr y trepar a un árbol! Cada vez que venimos a Misa, vamos a la capilla o hacemos el esfuerzo de confesarnos, ¡Jesús ve esto! Y, en realidad, Jesús *nos está buscando*. El texto dice que Él ya conoce a Zaqueo por su nombre. “Cuando Jesús llegó al lugar, miró hacia arriba y le dijo: Zaqueo, date prisa y desciende; porque hoy debo quedarme en tu casa” (19:5).

- Jesús se queda en su casa porque *Zaqueo necesita a Jesús*. Jesús le dijo a Santa Faustina: “Cuanto mayor es el pecador, mayor es el derecho que tiene a Mi misericordia” (Diario de Santa Faustina, 723).

Pero la multitud acusa a Zaqueo de ser un pecador, entonces, “Zaqueo se paró allí y le dijo al Señor: ‘Ellos también han hecho cosas pecaminosas, Señor.

¿Quiénes son ellos para juzgar? Deberían ocuparse de sus propios asuntos”’.

Él no dice eso ni oculta sus pecados. Esta es la tercera hermosa realidad: Él asume la responsabilidad. “Zaqueo se paró allí y le dijo al Señor: ‘Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré el cuádruple’” (19:8). Sea siempre su propio acusador: no exagere sus pecados, solo asuma la responsabilidad por ellos.

- Una vez, un católico fue juzgado por un crimen horrible. Su abogado le dijo que no mencionara nada más que pudiera incriminarlo. Pero, durante el juicio, admitió otra ofensa, porque dijo: “Mejor hacer el purgatorio ahora que después”. Sea siempre su propio acusador.
- Otro hombre una vez fue en contra de la decisión de su supervisor, por lo que pensó en faltar al trabajo al día siguiente. Su mentor dijo: “Lo mejor que se puede hacer a veces es abrir la jaula y enfrentar al gorila de 220 kilos. Él va a venir tras de ti de todos modos, así que mejor déjalo salir” (Andy Stanley, *Next Generation Leader*, 121-122).
 - ¿Por qué somos más indulgentes con las personas que piden perdón y se disculpan que con las personas que se esconden y luego nos enteramos de lo que han hecho? Porque son sinceros. Saben que lo que hicieron estuvo mal. Y admitirlo es en sí mismo una penitencia: ¡requiere humildad y coraje!
- ¿Alguna vez escuchaste la historia sobre el pecado del rey David de hacer un censo de la gente? Era pecaminoso porque se estaba volviendo orgulloso de su poderío militar. Entonces, curiosamente, Dios lo castigó diciendo: “Tres cosas te ofrezco; escoge uno de ellos, para que

yo te lo haga... o tres años de hambre; o tres meses de devastación por vuestros enemigos... o bien tres días de... pestilencia sobre la tierra” (1 Cron 21:10,12). He pensado en hacer esto en Confesión: 'Para tu penitencia, puedes tomar tres años sin café; tres meses de tener un póster del Diácono Andrew en tu habitación; o tres días seguidos de escuchar mis homilías.' Dios le ofreció a David tres duras penitencias porque David al principio no aceptó la responsabilidad.

- Pero Zaqueo fue su propio acusador, y escogió su expiación: La mitad de sus posesiones a los pobres, y devolver cuatro veces lo robado es una restitución estricta. Cuando conocemos a Jesús y entendemos Su perdón, entonces queremos expiar. Esto es lo que sucede en la Confesión: ¡Hay un alivio y hay un deseo de compensar las cosas malas que hemos hecho!

A: Entonces, ¡vamos a confesarnos! San Jerónimo, por ejemplo, era famoso por su ira, pero también era famoso por su penitencia: era amable con los pobres, vivía en una cueva, se golpeaba el pecho con una piedra y dormía sobre una roca (<https://www.catholiccompany.com/magazine/lessons-from-the-remarkable-life-of-st-jerome/>).

- Y uno de los mejores tipos de expiación es ayudar a otros a superar los mismos problemas por los que hemos pasado. Las personas con problemas de ira o que luchan contra el alcohol ayudan a las personas con los mismos problemas.

V: Incluso si nuestras penitencias no son generosas, Jesús aún las acepta, porque Él es misericordioso y, en última instancia, solo Él puede expiar nuestros pecados.

- La semana pasada les hablé de una pregunta de un estudiante de Gr. 5, déjame terminar hoy con una pregunta de un estudiante de Gr. 4 acerca de por qué necesitamos a Jesús. Para explicar, pedí un voluntario y le dije: ‘Imagínese que usted y yo somos hermanos. Tú eres el bueno y yo soy el genial. Pero siempre llego tarde a la cena y nunca ayudo con las tareas del hogar. ¿Qué vas a hacer para compensar a mamá y papá? ‘Ah, haz más tareas’. ‘Ahora, imagina que todos tus compañeros de clase son nuestros hermanos y hermanas, y todos le faltamos el respeto a mamá y papá. ¿Qué vas a hacer para compensarlo?’ ‘Agradéceles más y haz muchas tareas’. ‘Pero nada de lo que puedas hacer puede compensar todo el mal que hemos hecho. Ahora, imagina que todo el mundo ha pecado contra Dios, no hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer para compensarlo. Sólo Jesús, que es Dios, puede compensar a Dios Padre. Sólo un amor tan grande como el de la Cruz puede expiar nuestros pecados”.

Jesús dice hoy: “El Hijo del Hombre vino a buscar ya salvar a los perdidos” (19:10). Sí, asumimos la responsabilidad por nuestros pecados y los expiamos; esto es bueno, pero nunca será suficiente. Gracias a Dios que Jesús murió y resucitó por nosotros, para perdonar hasta nuestros peores pecados y ofrecernos la vida con Él.